

LA ATLANTIDA FUE CONOCIDA POR EL HOMBRE

H. DANIEL

(Véase Bol. de Antropología Nº 3, p. 235)

Las adquisiciones hechas por la ciencia hay que repetir las una y otra vez al oído de todos, pues si los investigadores ya han formado su juicio, no así la mayoría de las gentes a muchas de las cuales no ha llegado aún la última palabra. - R. C.

*

LA ATLANTIDA DE LOS POETAS:

Platón, después de haber recogido tradiciones y leyendas de los numerosos pueblos lindantes con el Mediterráneo, dejó en su *TIMEO* la maravillosa relación del cataclismo ocurrido a la famosa *Atlántida* "colocada más allá de las Columnas de Hércules". Después de señalar el poderío de los reyes de aquella isla "más grande que Libia y Asia reunidas", describe en pocas palabras la gran catástrofe:

"...Pero en los tiempos que siguieron, hubo temblores de tierra espantosos —dice—. En el espacio de un solo día y de una noche terribles, a todo vuestro ejército se lo tragó la tierra, y de modo semejante la isla *Atlántida* se hundió en el mar y desapareció..."

Al hacer esta relación, el filósofo griego no se imaginó nunca que con el correr del tiempo todo un caudal de tinta pasaría sobre estas páginas inmortales. Poetas y científicos han extraído de allí materiales inmensos y con ellos han alcanzado algunos los gajos de la inmortalidad.

Mosén Jacint Verdaguer, el gran poeta catalán autor de *Canigó*, de *Montserrat* y de *Lo somni de Sant Joan*, de *Cansons* y de *Cants místics*, es de este número. Las letras universales han celebrado hace pocos años el centenario del nacimiento de este poeta catalán que supo pintar con trazos de un fuerte dramatismo los días atormentados y las

luchas titánicas entrevistadas por su rica imaginación en la tierra de los Atlantes.

Nacido en una región que da vista al Mediterráneo; empapadas sus pupilas con las aguas salobres que lanzan sus rompientes contra los guijaros de la costa y provisto, además, de una feraz imaginación lista siempre a captar escenas y paisajes exóticos y a crear figuras extrañas con los elementos brindados por viejas tradiciones y por mitos helénicos; era natural que estuviera en capacidad de tejer el gran poema épico de la *ATLANTIDA*, grandioso por su concepción, por sus personajes y por las atrevidas escenas que describe.

Hércules es uno de los personajes centrales; él es el fundador de Barcelona; su esposa Pirène con su muerte da nombre a la cadena montañosa de los Pirineos quemados por el incendio que semeja una "*serpiente inmensa de bermejas escamas*" y él es el que tiene que acometer en lucha fragorosa a los atlantes sobre su propio suelo.

El punto decisivo de esta lucha de proporciones ciclópeas está relatado en el canto cuarto cuando describe el temblor inmenso de la tierra ante el golpe poderoso de la pica de Hércules que se descarga sobre Gibraltar en el intento de lanzar las aguas detenidas por aquella barrera de tierras sobre la famosa isla; el Angel del Altísimo separa la Atlántida mientras Hércules acaba de abrir el estrecho y separa de esta suerte al Africa del Continente Europeo.

En los cantos que siguen muchos símiles de severa belleza se escapan de su viva imaginación como cuando describe a los "*Genios del Averno*" semejantes a "*murciélagos suspendidos en la roca*" que tratan de arrastrar a las moles inmensas al fondo del abismo en el cual "*se escuchan subterráneos alaridos*" juntamente con la fulgurante "*respiración de una forja de cíclopes*" (alusión al volcán de Teyde).

Sus descripciones son verdaderos cuadros vivos de notable realismo; acaso no se siente el fragor de las aguas cuando expresa:

*"Allí el Volga, el Ródano y el Ganges
en revuelto montón
con sus arenas van y con sus rocas
a sumirse en el fondo del turbión."* ?

Mientras las

*"Ventiscas, huracanes y relámpagos
juntos van con horrisono fragor
a la conquista de la madre tierra
y a saciar de sus buitres el clamor!"*

Y el hundimiento definitivo de la Atlántida junto con la aparición de la *"Boca de fuego del Teyde"* no puede ser más gráfica; allí el mar *"escucha y muge"* como si quisiera recomenzar su tragedia; es ésta la voz del volcán acerca de la cual pregunta Verdaguer:

*"Ah! No habéis oído su potente voz?
se agita por las nubes como el trueno"*

a fin de referir —dice—

*"a otros mundos nacientes
la gran tragedia
con sus fauces ardientes"*.

Un reguero de islas rodea entonces al Teyde —*"mástil de roto navío"*— como fragmentos dispersos *"de Jezabel la impura"* de modo que cuando los siglos a su paso contemplarán este gran desastre dirán:

*"Ved a dónde conduce
la senda del placer"*.

Es este uno de los finales con que corona toda aquella inmensa lucha de Titanes contra la afluencia de las aguas después de que han construido una torre monumental en la cual han pretendido guarecerse de las inundaciones; pero a pesar de todo, después de haber subido hasta al cielo, han tenido que *"besar el polvo"*. La descripción de las batallas de Hércules contra sus rivales Anteo y Gerión son grandiosas, así como la idea de mostrar al Teyde o Tenerife como lápida funeraria de todo aquel montón de escombros.

La escena final tiene tonos más apacibles pues deja entrever en la superficie ya sosegada de las aguas la ruta conquistadora de los bajeles de Colón entre los cuales parece delinearse la silueta de las carabelas con la figura de su protectora la Reina Isabel.

Son estos algunos de los puntos de la gran concepción épica de Verdaguer; en verdad no ha habido otro poeta que haya sacado mejor partido de la tradición conservada por el filósofo griego en sus Diálogos; ni Francisco Bacon en su *"Nueva Atlántida"*, ni el marqués de Pimodán, ni Nepomuceno Lemercier han podido igualar la fantasía creadora, la riqueza del vocablo, lo trágico de las pinturas y el majestuoso dramatismo de los cantos del poeta de Cataluña.

Podemos pues, afirmar que *"poéticamente hablando"* la Atlántida es un hecho; ella ha sido algo tangible, fue una isla poderosa que ha tenido sus roces íntimos con los humanos de hoy y seguirá tenién-

dolos en el futuro mientras aliente en las generaciones venturas una chispa del arte que hace dioses a los hombres.

*

LA ATLANTIDA DE LOS CIENTIFICOS:

Pero preguntemos: "Científicamente hablando" ha existido la Atlántida? O en otros términos: Ha habido un puente continental a través del Atlántico que sirvió para que habitantes de Europa pasaran a América?

En este terreno surgen vacilaciones y dudas; no existen las afirmaciones dadas por la certeza como en el campo de la poesía. Los científicos, más realistas y más desconfiados, no se contentan con los bellos mitos sino que, prosaicamente, interrogan una y otra vez a la geología, a la astronomía, para ver qué secretos pueden sorprender en sus arcanos. En la antigüedad, muy pocos pusieron en duda la existencia de la Atlántida; Diodoro de Sicilia, Plutarco y Homero, Plinio y Pomponio Mela admitieron este "hecho"; sin embargo, una negativa, escapada de un cerebro poderoso hizo ya desde entonces brotar la duda en muchos; se trata de Aristóteles quien, en una frase de terrible concisión, la declaró muerta: "EL MISMO QUE LA CREO LA DESTRUYO" dijo, hablando de la Atlántida de Platón, y es porque hay una circunstancia muy significativa: Todos, absolutamente todos los que han hablado de la Atlántida, lo han hecho después de Platón, influenciados directa o indirectamente por sus *Diálogos*.

Pero, veamos: han corrido ya muchos siglos y no hay aún unanimidad entre los científicos como la hay entre los poetas; varias hipótesis, algunas de ellas en completa oposición, se han forjado; la mayoría puede ser reducida a tres. La primera, la de aquellos que niegan rotundamente su existencia "en los tiempos conocidos por la humanidad". La segunda sostiene que un gran Continente se extendía frente a las costas de Europa hasta las Antillas y fue el puente que sirvió de contacto entre los antiguos pobladores de América y Europa. La tercera afirma, más cautelosamente, que pudo existir un territorio (no ya continente) en el Atlántico que comprendía lo que en la actualidad son las Azores con sus terrenos vecinos que fueron los hundidos por el gran cataclismo, de suerte que el actual archipiélago presenta las eminencias de la supuesta Atlántida; por su extensión, pues, no alcanzó a servir de puente entre las dos lejanas costas de América y de Europa.

Consultemos los resultados y adquisiciones de la Geología, de los sondeos submarinos, de las teorías sobre los geosinclinales y veremos ante todo, un resultado: que la existencia de la Atlántida en el Cuaternario, único tiempo posible para servir de eslabón de contacto para el poblamiento de la América, se halla con toda certeza descartado y a esto podemos añadir una respuesta negativa más, dada por la prehistoria.

Los sondeos realizados en los fondos marinos por medio del fusil de sondeo sonoro y de otros medios ingeniosos que permiten en el espacio de pocas semanas ejecutar un trabajo que antes se llevaba a cabo penosamente en varios años, ha permitido levantar la carta geográfica del relieve submarino. Por este medio, se sabe que la depresión del Atlántico se halla formada por dos inmensos valles separados por una especie de cordillera que tiene la dirección Norte-Sur y que sigue más o menos de cerca las mismas curvas señaladas por las costas tanto del oeste de Europa y Africa, como del oriente de las Américas. Todo este inmenso relieve, junto con los datos que se tienen acerca de la fauna y de la flora, de su distribución geográfica y de sus relaciones ecológicas, muestran hasta la evidencia que no pudo haber en los tiempos conocidos por la especie humana ningún continente en medio del Atlántico.

Los geólogos nos hablan de una inmensa isla que "pudo" haber existido en la era Terciaria durante la cual desapareció; pero, como nos dice la misma Geología y la Paleontología, en esos remotos tiempos el hombre no había hecho aún su aparición, de modo que no pudo tener ningún conocimiento de tal territorio. Y si se aceptan las atrevidas concepciones del geólogo alemán Wegener de las traslaciones continentales, según las cuales las Américas se desprendieron en un lejano día de las costas de Europa y de Africa, de ahí el que conserven sus bordes aproximadamente los mismos contornos; menos aún queda lugar para suponer una Atlántida allí encajada.

Luego, si se quiere de todos modos suponer una Atlántida, ella debió ocupar un territorio relativamente pequeño en sitios cercanos a las costas de Europa. Para Pierre Termier (1913) esa Atlántida existió con mucha probabilidad; piensa este geólogo, que mucho tiempo después de abierto el estrecho de Gibraltar, quedaban algunas tierras emergidas y dice: "Sólo una cosa queda por demostrar, y es la posterioridad del cataclismo que hizo desaparecer estas islas, al establecimiento de la humanidad en la región occidental de Europa. El cataclismo no es dudoso. Pero, existían hombres que hubieran podido sufrir el contragolpe y transmitir luego su recuerdo? Todo el asunto está ahí". (Termier).

La Etnografía y la Prehistoria hubieran debido dar la respuesta, pero hasta el presente no hay ninguna evidencia de este hecho; no hay

ni en el Cabo Verde, ni en las Azores, ni en las Canarias ningún residuo de las antiguas culturas neolíticas del continente y no se encuentra, por otra parte, ninguna planta que haya sido introducida en esos lejanos tiempos para alimentación de los posibles moradores. Todas aquellas que hoy se cultivan fueron introducidas en tiempos recientes.

Por este motivo, Auguste Chevalier, después de su fructuosa exploración científica en el archipiélago del Cabo Verde, dejó asentado: "O la Atlántida de Platón es un mito, una ficción relativa a un Estado utópico, idílico, o es en otra región del globo en donde debe buscarse su localización". (*Les îles du Cap Vert*", Aug. Chévalier - *Revue de Botanique Appliqué* - Nov. 1935).

Varios investigadores han tratado en efecto de señalar otro sitio; algunos, provistos de no escasos documentos, han señalado la existencia de dichas tierras, no en el occidente sino en el oriente del Mediterráneo y se refieren no a otro hecho que a la circunstancia del paso del Mar Rojo por los israelitas en donde fue devorado un ejército bajo las aguas, circunstancia que coincide con la alusión de Platón al "ejército sepultado" y a que la tradición —si es que la hubo— era de origen egipcio que pudo muy bien ser alterada en el curso de las edades.

Otros, llevados siempre por la idea del Atlántico, han dicho que esas tierras se hallaban colocadas entre la Bretaña e Irlanda; sería la antigua tierra de THULE que se extendía como una prolongación de las costas de Bretaña y Normandía dentro del Atlántico. Por la Geología se sabe que realmente así era; que aquella región estaba señoreada por un clima húmedo, oceánico, más cálido que el clima oceánico actual y que el Sena desembocaba en el Golfo allí formado. Pero la submersión se efectuó cuando el hombre ya existía? Es este el problema. El profesor Gidón no lo pone en duda; dice que este fenómeno ocurrió en la edad de bronce; según esto, sería posterior o contemporáneo a la época de los dólmenes, monumentos extraños dejados por razas salidas de la India y que marcaron su extensa ruta con ellos; se les encuentra en la India, en el Mediterráneo, en el oeste de Europa hasta Escandinavia. Pero qué prueba decisiva existe para hacer esta afirmación? No hay, por desgracia, ningún dato seguro que arroje viva luz sobre estas suposiciones por más esfuerzos de imaginación y combinaciones de datos científicos comprobados que se traigan a cuento.

Se sabe que los archipiélagos de Maderas, Canarias, Azores y Cabo Verde, son de origen eruptivo. Muchos se preguntan si no serían los residuos del supuesto continente desaparecido (*L'Atlantide a t'elle existé?* - Th. Moreux; G. Doin, Ed. París).

Pero al lado de esta pregunta, cabe también interrogar si no serían más bien las eminencias que alcanzaron a emerger, luego de la efusión de sus rocas, y del levantamiento de sus materiales volcánicos, y que el resto nunca ha aparecido sobre las aguas?

*

Frente a las costas de Bretaña se hallan residuos de dólmenes sepultados bajo las aguas; en ese punto pudieron los habitantes de antaño ser testigos de los fenómenos que así hicieron desaparecer sus tradicionales reliquias; y si todo este hundimiento coincidió con el de la región vecina a las costas hasta Irlanda, entonces sí puede hablarse de un hundimiento de tierras que serían en ese caso la famosa Atlántida; la submersión hubiera pues, abarcado una faja de tierras cuya extensión en todo caso, no hay que suponerla excesiva.

Para muchos, es esta una de las hipótesis más sugestivas y las pruebas que se alegan, aunque todavía precarias, son de las más sólidas en el mundo de las Atlántidas.

Augusto Chevalier asienta a este respecto: "Nada prueba, al contrario, que todas las islas macaronesias hayan formado parte de un continente o que hubieran tenido en el pasado una extensión mayor que la de nuestros días. Todo tiende a probar más bien, que han surgido del océano completamente aisladas unas de otras y que su extensión no ha sido sensiblemente mayor que la que hoy presentan".

El Abate Moreux, uno de los vulgarizadores contemporáneos más notables en lo que se refiere al conocimiento de las Atlántidas ficticias (poéticas y científicas), es de opinión de que si hubo una Atlántida ella debió estar colocada en la región de las Azores. El "Challenger"—embarcación célebre en el campo de las ciencias oceánicas, que en 1872 recorrió en cinco meses una longitud equivalente a unas tres vueltas alrededor de la tierra—verificó 370 sondeos profundos; 255 medidas de temperaturas submarinas; 129 dragajes y 111 golpes de sonda a lo largo del Atlántico de modo especial; pudo comprobarse así, que uno de los sitios más cercanos al nivel marino al hacer un recorrido transversal de este océano desde las costas de Europa hasta las de América, se hallaba en el archipiélago de las Azores, muy cerca del paralelo 40°.

No es dudoso —dice el abate Moreux (fallecido en julio del pasado año de 1954)— que en época reciente los grandes pliegues alpinos y los del Atlas, se hayan hundido en esta región. Las cimas de las Azores son aún altas cadenas cuyas bases se hallan ahora arrojadas por las



aguas y orientadas del Este al Oeste; las sierras de esas regiones han descendido pues en conjunto al abismo y esto en época relativamente reciente.

En su apoyo, cita las conclusiones del geólogo Pierre Termier que hizo después del accidente acaecido en 1898 en el cable submarino. Un navío se hallaba ocupado en la colocación del cable telegráfico que une a Brest con el cabo Cod. El cable se había roto y mientras se hacían las diligencias para sacar del fondo las extremidades hundidas a unas 500 millas al norte de las Azores, salieron fragmentos —junto con los garfios utilizados para sujetar el cable— de una lava volcánica vidriosa llamada "*taquilita*" que tenía la composición química de los basaltos. La estructura vidriosa, semejante a algunos vidrios basálticos de los volcanes de las islas Sandwich, no ha podido consolidarse sino a la presión atmosférica; bajo la presión de varias atmósferas, y con mayor razón bajo 3000 metros de agua en donde fueron encontrados dichos fragmentos, hubieran cristalizado y no tomado la apariencia vidriosa. Esos terrenos debieron pues estar en el momento de su formación, al aire libre, después de lo cual debieron hundirse en tiempos relativamente próximos a los nuestros. En todo caso, el hecho debió ocurrir hace mucho más de 9.000 años, tiempo éste que señala Platón para su gran cataclismo; pero se sabe que el hombre es de edad más remota aún; hay pues, esperanza de que algunos representantes de la especie humana hubieran tenido que ver con este accidente que tanto ha preocupado a historiadores, científicos y poetas.

Numerosos son los geólogos y sabios de otro orden que aceptan las ideas del científico francés Pierre Termier, los cuales, para aquellos que interpretan en forma demasiado rigurosa las nuevas ideas dadas por la geología posterior a Buffon y Cuvier referentes a la lenta evolución de los fenómenos actuales, han respondido que, si bien la teoría de los cataclismos y de las grandes catástrofes informó la mente de los primeros investigadores de las capas de la tierra y que luego fue suplantada por la de los fenómenos que van obrando lenta y paulatinamente sobre el relieve terrestre, no quita esto el que de vez en cuando, algún fenómeno brusco venga a interrumpir el silencio y la tranquilidad que se cernían como amos durante milenios sobre las tranquilas arrugas de la esfera en la cual nos ha tocado en suerte vivir.

En su "*Atlántida*", el conocido investigador Imbelloni ha conseguido, por otra parte, reunir la más portentosa bibliografía acerca de este tema apasionante y después de una de las más inteligentes críticas ha concluido: "La Atlántida no ha existido; todo ha sido una deliciosa

fantasía de Platón y después de él, muchos han hablado de "tradiciones" que sólo brotaron de su mente". (Armando Vivant y J. Imbelloni "Libro de las Atlántidas" - Bs. Aires - Humanior, Biblioteca del americanista moderno, Sección B. T. III, 1939).

*

Y qué pensar de aquella edad de oro del texto de CRITIAS por medio del cual Platón quiere llevarnos a sitios de ensueños y de hermosas realizaciones entre la extraña civilización de los atlantes?

Dejemos a Paul Rivet que nos dé una respuesta: "Nuestros conocimientos en prehistoria —dice— son ya bastante precisos y seguros para poder afirmar, con absoluta certeza que la edad de oro descrita por el gran pensador griego, no pasa de ser un mito poético y encantador". (*Los Orígenes del Hombre Americano* - Ediciones "Cuadernos Americanos", México 1943).

Las divagaciones del filósofo ateniense en su "*República ideal*" fueron sin duda las que llevaron a Tomás Moro, el Gran Canciller de Enrique VIII, a crear su "*Utopía*", en donde resplandece también en primer término la fantasía que rueda en medio de un mundo de imposibles dadas las características de la humana naturaleza, tan cercanas al barro de la tierra y cuya mirada se halla sin embargo clavada tan alto!

En resumen: Los poetas, encabezados por Jacinto Verdaguer, han creído en la Atlántida; más aún, la han visto; han presenciado su tremenda agonía y el estertor de su paroxismo final en medio de imprecaciones de Titanes y de seres escapados del Averno.

Los científicos, después de fatigosos tanteos y de admirables interrogatorios a las ciencias del pretérito en jornadas que han absorbido el esfuerzo de generaciones sabias, sólo nos pueden responder con un "TAL VEZ"... Mientras tanto, la Atlántida les increpa desde el fondo de los abismos por intermedio de Verdaguer:

"... qué importa
que el divino Platón
en las estrellas
que mi nombre dibujan
muestre la historia
si de mí —ingrato—
olvidas la memoria
y si el inmenso mar
mis espaldas flagela
sin jamás descansar?"

Señor Profesional:

Al recibir usted un título, prometió ante Dios y la Patria "trabajar por el progreso y adelanto de la Universidad de Antioquia".

En qué forma ha cumplido usted esta promesa?

Señor Profesional:

Inscríbase usted en el censo de los antiguos alumnos de la Universidad de Antioquia.

Hágalo ahora mismo.

Vincule su nombre a la construcción de los edificios para el Liceo Antioqueño.